

La reconstrucción de la Internacional [Socialista]

Rosa Luxemburg

Febrero de 1915

(Versión al castellano de Ana Armand desde “[Der Wiederaufbau der Internationale](#)”, en [Marxists’ Internet Archive Deutschsprachiger Tei](#). Publicado en *Die Internationale*, nº 1, 15 de abril de 1915)

I

El 4 de agosto de 1914, la socialdemocracia alemana abdicó políticamente y, al mismo tiempo, la Internacional Socialista se derrumbó. Todos los intentos de negar, ocultar o glosar este hecho, cualesquiera que sean sus motivos, sólo tienen objetivamente la tendencia a perpetuar esos fatales autoengaños de los partidos socialistas, esas carencias internas del movimiento que condujeron al colapso y a elevarlas a la condición de normalidad consciente, haciendo de la Internacional Socialista a largo plazo una ficción, una hipocresía.

El colapso en sí mismo no tiene precedentes en la historia de todos los tiempos. Los entusiastas socialimperialistas de Alemania, en su delirio desenfrenado de nuevos conversos, se rebajan a la afirmación de que la presente guerra es como la migración de los pueblos en su significado histórico-mundial revolucionario. No estamos en condiciones de juzgar si esta hipérbole patriótica es cierta. En cualquier caso, sin embargo, el historiador tendrá que registrar un día como el hecho histórico mundial más sorprendente de esta guerra, sin duda, el completo fracaso del proletariado como clase y de la socialdemocracia como su líder.

Socialismo o imperialismo: esta alternativa fue el resumen exhaustivo de la orientación política de los partidos obreros en la última década. En Alemania, en particular, se formuló en innumerables discursos programáticos, asambleas populares, panfletos y artículos periodísticos, como la consigna de la socialdemocracia, como su concepción de la fase actual de la historia y su tendencia.

Con el estallido de la actual guerra mundial, la palabra se ha hecho carne, la alternativa de una tendencia histórica se ha hecho situación política. Ante esta alternativa, que había sido la primera en reconocer y llevar a la conciencia de las masas, la socialdemocracia se inclinó, concediendo la victoria al imperialismo sin lucha. Nunca, desde que existe la historia de las luchas de clases, desde que existen los partidos políticos, ha habido un partido que, después de cincuenta años de crecimiento incesante, después de haber conquistado una posición de poder de primer rango, después de haber reunido a millones a su alrededor, se haya disuelto tan completamente como factor político en una bruma azul en veinticuatro horas como lo ha hecho la socialdemocracia alemana. Precisamente porque era la vanguardia mejor organizada, mejor disciplinada y mejor entrenada de la Internacional [Socialista], demuestra donde más clásicamente el actual colapso del socialismo.

Kautsky, que como representante del llamado “centro marxista” o, políticamente hablando, como teórico de la ciénaga, ya ha degradado durante años la teoría hasta convertirla en la servidora complaciente de la práctica oficial de las “instancias del partido” y ha contribuido así honestamente al actual colapso del partido, ya ha ideado una

nueva teoría precisamente para justificar y blanquear el colapso.¹ Según esta teoría, la socialdemocracia debe ser un instrumento de paz, pero no un medio contra la guerra. O, como decretan los fieles discípulos de Kautsky en el *Kampf* austriaco con muchos suspiros sobre las actuales aberraciones de la socialdemocracia alemana, la única política propia del socialismo durante la guerra es el “silencio”; sólo cuando suenen las campanas de la paz renacerá. Esta teoría del eunuco voluntariamente adoptado, que cree que puede preservar la virtud del socialismo sólo eliminándolo como factor en los momentos decisivos de la historia mundial, adolece del defecto fundamental de todos los relatos de la impotencia política: a saber, que está hecho sin el huésped.

Ante la alternativa: *a favor o en contra* de la guerra, la socialdemocracia, en el momento en que abandonó el “en contra”, se vio obligada por la férrea necesidad de la historia a lanzar todo su peso en la balanza a favor de la guerra. El mismo Kautsky que, en la memorable deliberación de la facción del 3 de agosto, abogó por la concesión de los créditos², y los mismos “austromarxistas” (como se autodenominan) que incluso ahora en el *Kampf* dan por hecho la concesión de los créditos de guerra por parte de la fracción socialdemócrata, ocasionalmente derraman lágrimas por los excesos nacionalistas de los órganos del partido socialdemócrata y por la insuficiente formación teórica, concretamente en la división del concepto de “nacionalidad” y otros “conceptos”, que supuestamente es la culpable de esas aberraciones. Pero las cosas tienen su lógica incluso cuando la gente no quiere. Una vez que la socialdemocracia, con su representación parlamentaria, se decidió por apoyar la guerra, todo lo demás se desarrolló por sí mismo con la inevitabilidad del destino histórico. Con el 4 de agosto, la socialdemocracia alemana, lejos de “permanecer en silencio”, asumió una función histórica de gran importancia: la de portadora del escudo del imperialismo en la presente guerra. Napoleón dijo una vez que dos factores deciden el resultado de una batalla, el factor “terrenal”, como son el terreno, la naturaleza de las armas, los efectos atmosféricos, etc., y el factor “divino”, es decir, la condición moral del ejército, su entusiasmo, su fe en su propia causa. En la presente guerra el factor “terrenal” fue proporcionado en su mayor parte por el lado alemán por la compañía Krupp en Essen; el “divino” corre principalmente a cargo de la socialdemocracia. Los servicios que esta última ha prestado al esfuerzo bélico alemán desde el 4 de agosto, y que sigue prestando diariamente, son inconmensurables. Los sindicatos, que con el estallido de la guerra suspendieron todas las luchas salariales, suministraron después mano de obra en abundancia a los agricultores para terminar la cosecha, que rodean todas las medidas de seguridad de las autoridades militares para impedir la agitación popular con el nimbo del “socialismo”, y que en la actualidad mandan a sus miembros distribuir sin problemas las raciones de pan; las socialdemócratas que reparten sopas de limosna del brazo de los patriotas burguesas y le roban todo su tiempo y energías a la agitación socialdemócrata para utilizarlos en apaciguar y exaltar a las familias guerreras; la prensa socialdemócrata, que, con unas cinco o seis excepciones, utiliza sus 95 diarios, semanarios y revistas mensuales, llevar la noticia de las victorias de las armas alemanas en todo su esplendor hasta las capas más amplias del pueblo, difunde sin comentarios todas las orientaciones estratégicas de las autoridades militares, propaga por su cuenta la guerra como causa nacional y del proletariado, pinta, según la marcha de la guerra, el peligro ruso y los horrores del gobierno zarista, expone a la pérfida Albión al odio del pueblo, exulta sobre los levantamientos y revoluciones en las colonias extranjeras, profetiza el resurgimiento de Turquía después de esta guerra, promete la

¹ Véase el artículo de Kautsky en el *Neue Zeit* del 2 de octubre de 1914. [K. Kautsky, “Die Sozialdemokratie im Kriege”, en *Die Neue Zeit* (Stuttgart), año 33 1914/15, 1er vol., págs. 1-8.]

² Véase el artículo de Kautsky en *Neue Zeit* del 27 de noviembre de 1914. [K. Kautsky, “Die Internationalität und der Krieg”, en *ibid*, págs. 225-250.]

libertad a los polacos, rutenos [ucranianos] y a todos los pueblos, enseña la valentía y el heroísmo bélico a la juventud proletaria, por fin, trabaja la opinión pública y la masa del pueblo completamente para la ideología de la guerra; los parlamentarios socialdemócratas y los dirigentes del partido, por último, que no sólo conceden fondos para la conducción de la guerra, sino que se esfuerzan denodadamente en sofocar toda agitación perturbadora, toda duda y toda crítica, toda “algarada” entre las masas populares, pero que, por su parte, apoyan al gobierno con servicios personales de carácter discreto, como con panfletos, discursos y artículos del más genuino patriotismo germano-nacional, ¿dónde hubo en la historia del mundo una guerra en la que ocurriese algo similar?

¿Dónde y cuándo se ha aceptado la derogación de todos los derechos constitucionales con tanta naturalidad y cobardía? ¿Dónde se ha cantado un himno tan elogioso a la censura de prensa desde las filas de la oposición como en un periódico de la socialdemocracia alemana? Nunca una guerra ha encontrado tales Píndaros, nunca una dictadura militar ha encontrado tales mamelucos, nunca un partido político ha entregado todo lo que era y poseía tan fervientemente en el altar de una causa contra la que se conjuró mil veces a sí mismo y juró otras mil al mundo luchar hasta la última gota de sangre. Los liberales nacionales son catos romanos, rocas de bronce, comparados con esta transformación. Fue precisamente la poderosa organización, precisamente la tan cacareada disciplina de la socialdemocracia alemana, lo que se demostró en el hecho de que el cuerpo de cuatro millones de personas se dejara desviar en veinticuatro horas a la orden de un puñado de parlamentarios y se enjaezara en un carro al que su anterior objetivo vital era asaltar. El trabajo preparatorio de cincuenta años de la socialdemocracia se realiza en la guerra actual, cuya fuerza y poder victorioso en el lado alemán es reclamado en gran medida por los sindicatos, así como por los dirigentes del partido, como fruto de la “formación” de las masas en las organizaciones proletarias. Marx, Engels y Lassalle, Liebknecht, Bebel y Singer formaron al proletariado alemán para que Hindenburg pudiera dirigirlo. Y cuanto mayor que en Francia sea la formación, la organización, la famosa disciplina, la expansión de los sindicatos y de la prensa obrera en Alemania, más eficaz será la ayuda de guerra de la socialdemocracia alemana en comparación con la francesa. Junto con sus ingenuos ministros, los socialistas de Francia son verdaderos chapuceros en el desconocido oficio del nacionalismo y la guerra contra los servicios prestados al imperialismo patriótico por la socialdemocracia alemana y los sindicatos alemanes.

II

La teoría oficial, que abusa del marxismo a su antojo para las respectivas necesidades domésticas de las autoridades del partido para justificar sus asuntos diarios, y cuyo órgano es el *Neue Zeit*, trata de explicar la discrepancia entre la función actual del partido obrero y sus palabras de ayer diciendo que el socialismo internacional se ha ocupado mucho de la cuestión de qué hacer contra el estallido de la guerra, pero no de qué hacer después de su estallido. Como chica agradable para todos, esta teoría asegura que existe la más bella armonía entre la práctica actual del socialismo y su pasado, que “ninguno de los partidos socialistas tiene nada que reprocharse que ponga en duda su pertenencia a la Internacional”. Pero al mismo tiempo, esta teoría flexible y dúctil tiene ya en el bolsillo una explicación suficiente de la contradicción entre la posición actual de la socialdemocracia internacional y su pasado, contradicción que ahora llama la atención del más tonto. La Internacional [Socialista] sólo había ventilado la cuestión de la prevención de la guerra. Pero ahora “la guerra está en marcha”, como dice la fórmula, y ahora resulta que después del estallido de la guerra se aplican a los socialistas reglas de

conducta muy diferentes a las de antes. En cuanto llegó la guerra, la única cuestión para todo proletariado era la victoria o la derrota. O, como explica otro “austromarxista”, Adler, en términos más científico-filosóficos: la nación, como todo organismo, debe ante todo mantener su existencia. En alemán, esto significa: no hay una regla de vida para el proletariado, como ha proclamado hasta ahora el socialismo científico, sino que hay dos: una para la paz y otra para la guerra. En la paz, la lucha de clases es válida en el interior de cada país, y la solidaridad internacional es válida en el exterior; en la guerra, la solidaridad de clases es válida en el interior, y la lucha entre los obreros de diferentes países es válida en el exterior. El llamamiento histórico-mundial del *Manifiesto Comunista* recibe un suplemento esencial y ahora, tras la corrección de Kautsky, reza así: “¡Proletarios de todos los países, uníos en la paz y rebanaos las gargantas en la guerra!” Así que hoy: “Cada disparo un negro, cada golpe un francés”, y mañana, una vez concluida la paz, “abrácese por millones, besen al mundo entero”, Porque la Internacional [Socialista] es “esencialmente un instrumento de paz”, pero “no una herramienta eficaz en la guerra”.

Esta agradable teoría no sólo abre perspectivas atractivas para la práctica socialdemócrata, en la medida en que eleva la mutabilidad del pivote de la fracción [Partido Liberal Nacional], unida al jesuitismo del centro, prácticamente al dogma básico de la internacional socialista; también inaugura una “revisión” completamente nueva del materialismo histórico, una revisión frente a la cual todos los intentos anteriores de Bernstein parecen un inofensivo juego de niños. La táctica proletaria, antes del estallido de la guerra y después de ella, debe seguir pautas muy diferentes, incluso directamente opuestas. Esto presupone que las condiciones sociales, los fundamentos de nuestra táctica, también son fundamentalmente diferentes en la paz y en la guerra. Según el materialismo histórico marxista, toda la historia escrita hasta ahora es una historia de lucha de clases. Según el materialismo revisado de Kautsky hay que añadir: excepto en tiempos de guerra. Según esto, el desarrollo social, al estar periódicamente intercalado con guerras desde hace miles de años, procede según el siguiente patrón: un período de luchas de clases, seguido de una pausa, en la que hay una unión de clases y luchas nacionales, seguido de otro período de luchas de clases: de nuevo una pausa y unión de clases, y así *ad infinitum*. Los fundamentos de la vida social en la paz son puestos patas arriba por el estallido de la guerra, los del período de guerra son derribados en el momento de la conclusión de la paz. Ya no se trata, como puede verse, de una teoría del desarrollo social “en catástrofes” contra la que Kautsky tuvo que defenderse en su día con otros “discutidores”; se trata de una teoría del desarrollo... en saltos mortales. La sociedad se mueve aquí más o menos como el iceberg a la deriva en aguas primaverales, que, cuando su base se ha derretido en la tibia corriente que lo rodea, al cabo de cierto tiempo se precipita de cabeza, con lo que se repite periódicamente el mismo bonito juego.

Ahora, sin embargo, no sólo todos los hechos conocidos de la historia pasada golpean rudamente a la cara de este materialismo histórico revisado, en el sentido de que, en lugar de la oposición recién construida entre la guerra y la lucha de clases, más bien muestran ya de forma llamativa una constante transformación dialéctica de las guerras en luchas de clases y de las luchas de clases en guerras, y por tanto su unidad interna esencial. Así en las guerras de la historia urbana medieval, así en las guerras de la Reforma, así en la guerra de liberación holandesa, así en las guerras de la Gran Revolución Francesa, así en la guerra de secesión norteamericana, así en el levantamiento comunista de París, así en la gran revolución rusa de 1905. Incluso tomada en términos teóricos puramente abstractos, la teoría del materialismo histórico de Kautsky no deja, como una breve consideración deja claro, una piedra sobre piedra de la teoría marxista. Porque si, como supone la concepción de la historia de Marx, tanto la lucha de clases como la guerra no

caen del cielo, sino que surgen de causas económico-sociales muy arraigadas, entonces ninguna de las dos puede desvanecerse periódicamente a menos que sus causas se disuelvan en una neblina azulada. Ahora bien, la lucha de clases proletaria es sólo un corolario necesario de la relación salarial como del dominio político de clase de la burguesía. Pero durante la guerra la relación salarial no disminuye en lo más mínimo; por el contrario, la explotación aumenta violentamente por la especulación y los chanchullos, que florecen en el exuberante suelo de la industria de guerra, así como por la presión de la dictadura militar sobre los obreros. El dominio político de clase de la burguesía tampoco cesa en la guerra; por el contrario, se eleva a dictadura de clase desnuda por la abrogación de los derechos constitucionales. Ya que las fuentes económicas y políticas de la lucha de clases burbujean con diez veces más fuerza en la sociedad durante la guerra, ¿Cómo, pues, puede cesar su inevitable consecuencia, la lucha de clases? Por el contrario, las guerras del período actual de la historia son el resultado de los intereses competitivos de los grupos capitalistas y de la necesidad de expansión del capital. Sin embargo, ambas fuerzas motrices no sólo actúan mientras rugen los cañones, sino también en tiempos de paz, por lo que precisamente preparan el estallido de las guerras y lo hacen inevitable. Al fin y al cabo, la guerra es (como le gusta decir a Kautsky citando a Clausewitz) sólo “la continuación de la política por otros medios”. Y, al fin y al cabo, es precisamente la fase imperialista de la dominación del capital la que, a través de la carrera armamentística, ha hecho ilusoria la paz al declarar básicamente la dictadura del militarismo, la guerra en permanencia.

De aquí surge para el materialismo histórico revisado una opción. O bien la lucha de clases es la ley preponderante de la existencia del proletariado también durante la guerra (y la proclamación de la armonía de clases en su lugar en la guerra por parte de las autoridades del partido es un atentado contra los intereses vitales proletarios), o bien la lucha de clases es un atentado contra los “intereses nacionales” y la “seguridad de la patria” también en la paz. La lucha de clases o la armonía de clases es el factor fundamental de la vida social tanto en la guerra como en la paz. En la práctica, la alternativa parece aún más clara: o bien la socialdemocracia tendrá que admitir *pater, peccavi* [padre, he pecado] ante la burguesía patriótica, como ya anuncian con pesar los antiguos jóvenes temerarios y los actuales viejos orantes en nuestras filas, y revisar a fondo toda su táctica y sus principios también en tiempos de paz, para adaptarse a su actual posición socialimperialista, o bien tendrá que entonar el *pater, peccavi* ante el proletariado internacional y adaptar su conducta durante la guerra a sus principios durante la paz. Y lo que se aplica al alemán, se aplica aquí, por supuesto, al movimiento obrero francés. O bien la Internacional [Socialista] seguirá siendo un montón de ruinas incluso después de la guerra, o bien su resurrección comenzará en el terreno de la lucha de clases, de la que extrae sus jugos vitales. No revivirá después de la guerra sacando la vieja zanfoña, en la que las viejas melodías que encantaron al mundo hasta el 4 de agosto se tocan con frescura, alegría y libertad, como si nada hubiera pasado. Sólo mediante una “burla cruelmente minuciosa de sus propias medias tintas y debilidades”, de su propia caída moral desde el 4 de agosto, mediante la liquidación de todas sus tácticas desde el 4 de agosto, puede comenzar la reconstrucción de la Internacional [Socialista]. Y el primer paso en esta dirección es la acción para la más pronta terminación de la guerra, así como para la conformación de la paz según el interés comunes del proletariado internacional.

III

Hasta ahora, en las filas del partido han surgido dos tendencias diferentes en relación con la cuestión de la paz. La primera, representada por el miembro de la ejecutiva

del partido Scheidemann, por varios otros diputados del Reichstag y por documentos del partido, lanza la consigna de “perseverar, hasta el final” como eco del gobierno y combate el movimiento por la paz como inoportuno y peligroso para los intereses militares de la patria. Esta tendencia aboga por la continuación de la guerra, es decir, asegura objetivamente que la guerra continuará en interés de las clases dominantes “hasta la victoria que justifique los sacrificios”, hasta que “la paz esté asegurada”. En otras palabras, los partidarios del “hasta el final” se encargan de que la tendencia objetiva de la guerra se acerque lo más posible a todas las conquistas imperialistas que han sido pronunciadas abiertamente como objetivo de la guerra por el *Post*, por los Rohrbach, Dix y otros profetas de la dominación mundial de Alemania. Si todos estos hermosos sueños no se hacen todavía realidad y los árboles del joven imperialismo no crecen hasta el cielo, será tan poca culpa del pueblo como de sus marcapasos en las filas de la socialdemocracia alemana. No son las “declaraciones” solemnes en el parlamento “contra toda política de conquista” las que aparentemente son decisivas para el resultado de la guerra, sino la defensa del “hasta el final”. La guerra, por cuya continuación abogan Scheidemann y sus consortes, tiene su propia lógica, cuyos portadores designados son los elementos capitalistas-agrarios que se sientan en la silla de montar en la Alemania actual, pero no las humildes figuras de los parlamentarios y editores socialdemócratas que se limitan a sostener sus estribos. En esta tendencia la actitud social-imperialista del partido encuentra su expresión más abierta.

Mientras que también en Francia, los dirigentes del partido (aunque desde una situación militar bastante diferente) siguen aferrándose a la consigna de “perseverar hasta la victoria”, en todos los países se va haciendo cada vez más patente un movimiento a favor de la terminación de la guerra lo antes posible. Lo más característico de todos estos pensamientos y deseos de paz es la cuidadosa lista de garantías de paz que se exigirán al terminar la guerra. No sólo la exigencia unánime de nada de conquistas, sino que aparecen allí toda una serie de nuevos postulados: desarme general, o más modestamente, limitación planificada de la carrera de armamentos, abolición de la diplomacia secreta, libre comercio para todas las naciones en las colonias, y lo que es más fino y admirable en todas estas cláusulas para la futura felicidad de la humanidad y la prevención de futuras guerras es el indestructible optimismo que, saliendo indemne de la terrible catástrofe de la presente guerra, sigue plantando nuevas resoluciones en la tumba de las viejas esperanzas. Si el colapso del 4 de agosto ha demostrado algo, es la lección histórica mundial de que una garantía efectiva de la paz y un muro protector real contra las guerras no son deseos piadosos, no son fórmulas ingeniosamente concebidas ni tampoco exigencias utópicas dirigidas a las clases dominantes, sino únicamente la voluntad enérgica del proletariado de permanecer fiel a su política de clase, a su solidaridad internacional a través de todas las tormentas del imperialismo. En los partidos socialistas de los países decisivos, sobre todo en el partido alemán, no han faltado las reivindicaciones y las fórmulas, sino la capacidad de poner detrás de estas reivindicaciones la voluntad y el hecho en el espíritu de la lucha de clases y del internacionalismo. Hoy, después de todo lo que hemos vivido, considerar la acción de paz como una elaboración de las mejores recetas contra la guerra sería establecer lo más peligroso para el socialismo internacional: que a pesar de todas las crueles lecciones ni se ha aprendido nada ni se ha olvidado nada.

También aquí encontramos el ejemplo modélico de Alemania. En *Neue Zeit*, el diputado del Reichstag, Hoch, elaboró recientemente un programa de paz que (según lo atestigua un órgano del partido) defendió con gran ardor. No faltaba nada en este programa: ni una lista de “exigencias” enumeradas, que deberían evitar futuras guerras de forma indolora y segura, ni una declaración muy convincente de que una paz próxima

era posible, necesaria y deseable. Sólo faltaba una cosa: la explicación, qué y de qué manera se debe trabajar por esta paz, con hechos, ¡no con “deseos”! El autor pertenece a la mayoría compacta del grupo parlamentario que no sólo ha votado dos veces a favor de los créditos de guerra, sino que ha refrendado cada vez esta aprobación como una necesidad política, patriótica y socialista y, excelentemente adiestrado en el nuevo papel, está dispuesto a conceder nuevos créditos para la continuación de la guerra con la misma naturalidad. Abogar en el mismo sentido por los medios materiales para la continuación de la guerra y exaltar la conveniencia de una paz inmediata con todas sus bendiciones, “meter la espada en el puño del gobierno con una mano, para agitar la suave palma de la paz sobre la Internacional con la otra”, es una pieza clásica de la política práctica de la ciénaga, tal como se propaga teóricamente en la misma *Neue Zeit*. Si los socialistas de los países neutrales, si, por ejemplo, la Conferencia de Copenhague³ considera con toda seriedad la redacción de demandas y prescripciones de paz sobre el papel como una acción para la pronta terminación de la guerra, esto es una aberración comparativamente inofensiva. El *reconocimiento* de los puntos cruciales de la situación actual de la Internacional [Socialista] y de las causas de su derrumbe puede y debe convertirse en patrimonio común de todos los partidos socialistas. El acto salvador para el restablecimiento de la paz, así como de la Internacional, sólo puede venir de los partidos socialistas de los países en guerra. El primer paso hacia la paz, así como hacia la Internacional, es aquí la inversión del curso del socialimperialismo. Y si los parlamentarios socialdemócratas siguen aprobando los medios para hacer la guerra, sus deseos y prescripciones de paz y sus solemnes declaraciones “contra toda política de conquista” son en detalle lo mismo que la “Internacional” kautskyana, que “no tiene nada que reprocharse” y que periódicamente se abraza fraternalmente o se corta el cuello mutuamente, es decir, una hipocresía y, lo que es peor, un engaño. También aquí las cosas tienen su propia lógica. Al aprobar los créditos de guerra, los Hoch entregan las riendas y provocan lo contrario de la paz, es decir, el “hasta el final”, como los Scheidemann, que al abogar por el “perseverar” entregan en realidad las riendas y provocan así lo contrario de sus solemnes declaraciones contra “toda política de conquista”, es decir, el desencadenamiento de los instintos imperialistas, hasta desangrarse. También aquí sólo hay una alternativa: o Bethmann Hollweg o Liebknecht. O el imperialismo o el socialismo tal y como lo entendía Marx.

Al igual que en el propio Marx tanto el agudo analista histórico y audaz revolucionario como el hombre de pensamiento y de acción estaban inseparablemente unidos, apoyándose y complementándose mutuamente, el marxismo como doctrina socialista había emparejado, por primera vez en la historia del movimiento obrero moderno, el conocimiento teórico con el vigor revolucionario del proletariado, el uno iluminado y fertilizado por el otro. Ambos pertenecen por igual a la esencia más íntima del marxismo; cada uno, separado del otro, transforma al marxismo en una triste distorsión de sí mismo. En el transcurso de medio siglo, la socialdemocracia alemana ha cosechado los frutos más ricos del conocimiento teórico del marxismo, ha levantado un poderoso cuerpo con sus jugos. Enfrentada a la mayor prueba histórica, una prueba que, además, había previsto teóricamente con la certeza de un naturalista y predecía en todos sus rasgos esenciales, fracasó completamente en el segundo elemento vital del movimiento obrero: la enérgica voluntad no sólo de comprender la historia, sino también

³ Conferencia de los partidos socialdemócratas de los países neutrales celebrada en Copenhague los días 17 y 18 de enero de 1915, a la que asistieron representantes de Suecia, Noruega, Holanda y Dinamarca; lanzó un llamamiento a los gobiernos neutrales para que mediaran entre los países beligerantes con el fin de lograr una paz inmediata y duradera. Recordó las demandas del Congreso Socialista Internacional de Copenhague de 1910, que incluían el establecimiento de tribunales de arbitraje internacionales obligatorios. [MIA]

de hacerla. Junto con su ejemplar conocimiento teórico y su fuerza organizativa, fue agarrada por el remolino de la corriente histórica, volcada en un instante como un naufragio sin timón y colocada bajo los vientos del imperialismo, contra los que debía abrirse paso hacia la isla salvadora del socialismo. La debacle de toda la Internacional [Socialista] ya estaba dada con esta desgracia de su “vanguardia”, su élite más entrenada y fuerte, aún sin las aberraciones de los demás.

Un cataclismo histórico-mundial de primer orden, que complica y retrasa peligrosamente la liberación de la humanidad del dominio sanguinario y sucio del capitalismo. Pero si había que llegar a esto, el marxismo es sin embargo totalmente inocente por ello. Y todas las tentativas de adaptarlo hoy al marasmo momentáneo de la práctica socialista, de prostituirlo con la delicada apología del socialimperialismo, son más peligrosas incluso que todos los excesos abiertos y desvergonzados de la aberración nacionalista en las filas del partido; estas tentativas conducen no sólo a ocultar las verdaderas causas de la profunda caída de la Internacional [Socialista], sino también a cegar las fuentes de una futura elevación tras esa caída. La Internacional, como una paz que se corresponda con los intereses de la causa proletaria, sólo puede nacer de la autocrítica del proletariado, de la reflexión sobre el propio poder del proletariado, ese poder que el 4 de agosto se dobló como un junco vacilante azotado por la tormenta, pero que, elevado a su verdadera grandeza, está llamado históricamente a romper robles milenarios de injusticia social y a mover montañas. El camino hacia este poder (no las resoluciones en papel) es a la vez el camino hacia la paz y hacia la reconstrucción de la Internacional [Socialista].

El ensayo de la camarada Luxemburg fue escrito a principios de febrero. Como ya no puede modificarlo a causa de su detención, me siento obligado a hacer la observación de que Kautsky ha negado desde entonces haber defendido los créditos de guerra. En una polémica, él mismo dice de su posición en ese momento: “Creía que la mejor manera de evitar las dificultades de la situación era la abstención. ya que ni la mayoría ni la minoría estaban de acuerdo con este proceder, me parecía que al menos valía la pena considerar la posibilidad de hacer depender la decisión de la concesión de garantías”. A esto el *Hamburger Echo*, uno o incluso dos de cuyos editores pertenecían a la facción del Reichstag, comentó: “Comaradas del partido completamente fiables, observadores seguros, dicen al respecto: Kautsky no recomendó seriamente la abstención en absoluto durante las discusiones oficiales a las que fue convocado. Si lo hizo, podría haber sido en una reunión de café”. No hubo más respuesta a esto.

También hay que añadir que el 20 de marzo el camarada Hoch pertenecía a la minoría de la facción que abandonó la sala del Reichstag antes de la votación porque no quería aprobar el presupuesto y tampoco diez sino sólo cinco mil millones de nuevos créditos de guerra.

F[rantz] M[ehring]

Serie Obras Escogidas de
Rosa Luxemburg en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es